

JUAN LEON MERA

Nació en Ambato en 1832.

En 1858, publicó una colección de sus poesías líricas. En 1861, hizo la publicación de una leyenda llamada *La Virgen del Sol*, en que relata la historia de un amor heroico que tuvo lugar entre los indios. El interés y argumento de la obra le merecieron á su autor el nombre de *poeta indiano*.

Ha dado á luz un canto épico, *Los héroes de Colombia* y tres romances titulados *Elvira*, *El Proscrito*, y *El Luterano*.

Ha publicado tambien una colección de poesías religiosas.

Escribe ensayos biográficos, artículos de costumbres, fábulas y epigramas.

Mera es un poeta de mérito. Se conoce que ha estudiado los buenos modelos de la literatura española.

INDIANA

Indica bella, Cori adorada,
El astro sumo tu tez morena
Te dió, y la luna la luz serena
De tu mirar;

Tiñó tu trenza noche atezada,
Pintó tus labios la rósea aurora,
Te dió su talle la cimbradora
Palma real;

Las tiernas aves de la montaña
Te han enseñado gratos cantares,
Gracias te han dado los tutelares
Génios del bien;

Miel en tu lengua la dulce caña
Vertió, y la brisa que entre las flores
Vuela, á tu aliento dió los olores
De algun clavel.

Pero ¡ay! los Andes cuando naciste
Alma de crudo hielo te han dado,
Y de sus rocas ¡ay! han formado
Tu corazón;

Pues no te inflamas al ver al triste
Yupanqui en llanto por tí deshecho,
Ni su gemido hiere tu pecho
Que nunca amó.

LOS JILGUERILLOS

CANTINELA

Vi una vez el jilguerillo
Que á su hembra amada seguia,
Y ella por el bosque huia
Con rigoroso desdén.

Oí al amante cuitado
Del follaje en la espesura
Cantar con tanta dulzura
Que atrajó á su ingrato bien.

Vilos á poco ya juntos
Gozando de amor la suma
Delicia, y de blanda pluma
Labrando el nido comun;

Y en el nido venturoso
Ella despues reposaba,
Y él á su lado velaba
Cantando mas dulce aun.

¡Ay mujer! clamé gimiendo,
Al contemplar esta escena,
Tú sola escuchas serena
La voz de mi corazón;

Mas si vieras como esa ave
Se rinde al amante ruego,
Quizá te moviera el fuego
De mi inocente pasión.

EL AVE DE LA TOLA

Ya el astro excelso tras el monte cae,
Ya entre sombras va el suelo á reposar:
Triste mi alma del mundo se sustrae,
Y á un sitio agreste y áspero me atrae
Del solitario y lúgubre cantar.

Allí veo la *tola* abandonada,
Alzada al pié del molle secular;
Cual guardian de la funebre morada
Allí está el solitario, en la ramada
Dando al viento su lúgubre cantar.

Há mucho, mucho tiempo, aquí venia
Una madre, tal vez, á lamentar.....
Mas hoy del hijo la ceniza fria
¡Ay! tiene solo al espirar el día
De un solitario el lúgubre cantar.

De una virgen tal vez, la sombra cara
Suele un amante idólatra evocar,
Y era esta *tola* del dolor el ara
Do tierno llanto y flores derramara
Entonando su lúgubre cantar.

Acaso de los muertos en la fiesta,
Cuando todo gemia en el pesar,
Cien amigos sentábanse en aquesta

De un bravo guerrador tumba modesta
Á ofrecerle su lúgubre cantar.

Mas ya de este sarcófago la historia
Han borrado los siglos al pasar,
Y hoy solo vaga, rápida, ilusoria,
En mi espíritu se alza una memoria
Del solitario al lúgubre cantar.

De este molle á la sombra refrigerio
Viene el pastor á veces á buscar,
Y profana del túmulo el misterio
Una piedra lanzando y un dicterto
Contra el ave de lúgubre cantar.

Ó el peregrino, de sudor la frente
Empapada, se anima á descansar
Á esta ignorada *tola*, y nunca siente
Respeto ni emoción, é indiferente
Oye del ave el lúgubre cantar.

Mas cuando cae el sol tras la montaña
Yo vengo á entristecerme y meditar;
No huye el ave de mi jamás huraña,
Y posada en su molle me acompaña,
Dando al aire su lúgubre cantar.

AL SOL

DESDE LA CIMA DEL PANECILLO

Aquesta ¡ay sol! abandonada cumbre,
Del medroso silencio hoy habitada,
Que en esta hora tu espirante lumbre
Baña apenas, un tiempo consagrada
Á tus misterios era,
Cuando te fué la suerte lisonjera.

Sí, en este lugar vestido hoy día
De vil rastrera yerba, y coronado
De míseros escombros, se veía
De ricas piedras y oro fabricado
Tu magnífico templo,
Ya de la nada lamentable ejemplo.

Sí, do asiento mi planta temblorosa,
Ante tu imágen prosternada viste
Los *Shiris de Caran* y la gloriosa
Última prole tuya, y recibiste
¡Oh sol! tal vez ufano,
Votos de su alma, ofrendas de su mano....

Mas ¿dónde está, me di, tanta riqueza?
¿Dónde tu selcitud, dónde tu gloria?
¿Qué bárbaro poder tanta grandeza
Del suelo arrebató, que aun su memoria,
De este estrago á la vista,
El alma oprime, el corazón contrista?

¿Qué se hizo el sábio *Amunta* á quien tu fuego
Sacro mostraba su carrera? ¿El pio
Sacerdote do está, con cuyo ruego
Tu cólera aplacabas? ¿Do el cabrío
Montés y la paloma
Del sacrificio y el precioso aroma?

¿Qué es de la virgen inocente y pura
Que en su elevada abnegación eterna
Te ofrecía su amor y su hermosura,
Y en oblación te daba su alma tierna?
¿Dónde el muro se alzaba
Que á los ojos del mundo la ocultaba?

¡Todo, todo acabó!... Ya en vez del grave
Acento del *Ulliac* lúgubre suena
De la nocturna melancólica ave
La voz que aquestas soledades llena:
¡Ay! sola ella parece
Que á tantos males su lamento ofrece!

Ni aun la viuda tórtola acosada
Á este lugar acude; no hay divinas
Fragantes flores; solo la menguada
Chicoria es mofa aquí de estas ruinas,
Y alguna parda nube
Que en vez del humo del incienso sube.

Y ¡oh cruel sarcasmo de fortuna instable!
¡Oh maldad de los hombres! ¡oh funestos
Pasos del tiempo siempre inexorables!

¿Esos despedazados, tristes restos,
¡Ay sol! que ven mis ojos
No son de tu santuario los despojos?...

Sobre ruinas los hijos de la Hesperia
Soberbias torres levantar osaron;
Pero el tiempo llegó de su miseria
Y sus obras en ruinas se tornaron;
Y ruinas la memoria
Fúnebre son de su pasada gloria.

Mas que los siglos la protervia humana
Sobre escombros, escombros acumula,
Como el otoño la hojarasca vana
Sobre la pompa hacina seca y nula.
Que á la selva florida
Robara él mismo en su anterior venida.

Pero ya tras los Andes tu abrasada
Frente desapareció; la misteriosa
Lóbrega noche viene, y tu sagrada
Faz en pos de ella ha de tornar hermosa,
Así en perenne giro
Alumbrando impasible este retiro.

Y ¡oh sol! acaso un día ¡día aciago!
Al despertar desde tu rojo oriente
Verás ruina mayor, mayor estrago.....
Y ¡ay Quito, Quito! un trovador doliente
Cual yo, versos funestos
Vendrá á entonar sobre tus místios restos!

LA REPÚBLICA

Alza tronos, odiosa tiranía:
Miseros pueblos, la cerviz doblada
Los sostendrán, llamando afortunada
La suerte vil que los abruma impía;

Tiende, ostentando audacia y felonía,
Demagogia, tu garra ensangrentada,
Y en nombre ¡ay! de libertad sagrada
Grita á la sociedad: ¡Presas eres mía!

¿Y habreis de ser eternos, infernales
Mónstruos, lanzados por castigo al suelo,
Y ante quienes la dicha huye y se aterra?

No, que apiadado al fin de nuestros males,
Tornándose al abismo; dirá el cielo:
¡República inmortal, tuya es la tierra!

EL CREPÚSCULO

Ya va del mundo huyendo
La luz diurna: apenas
Del sol ya puesto el rayo
Las montañas calienta,
Del nimen de las sombras
El manto se despliega,
Y á descansar principia
La fatigada tierra:

Bajo él se alzan los graves
Génios de la tristeza,
Que de estas horas dueños
En toda parte reinan:
En los espacios vagan,
Entre las nubes vuelan,
Recorren de los mares
Las olas, se apoderan

De las montañas, corren
 Por las oscuras selvas,
 Susurran con el viento
 Que en ellas aletea,
 Murmuran con el río,
 Con el arroyo, llenan
 Chozas, palacios, templos,
 Jardines y praderas.
 ¿Quién resiste á su influjo?
 ¿Qué corazón no es presa
 De esta melancolía
 Que cubre cielo y tierra?
 Á un vago sentimiento
 Mi espíritu se entrega,
 Invencible desmayo
 De sus morales fuerzas :
 Como al faltar la sávia
 Del tallo, se doblega
 Lánguida y moribunda
 La cándida azucena.
 Levántate, alma mía,
 ¿Por qué te postras? Deja
 Que el sol tras de los montes
 Se esconda, y en pos venga
 La noche; alza tu vuelo
 Del polvo, y la tristeza
 Sacude que obstinada
 Te asalta; noble esencia
 Que emanas de lo alto,
 Sér superior á aquella
 Luz que en ocaso muere,
 Alzate, vuela, vuela.
 ¡Paro ¡ay! que es imposible
 Y en lúgubres tinieblas
 Sumida, acerbos males
 Á lamentar comienzas.
 ¡Desdichada alma mía
 De sinsabores llena!
 Do quier los ojos vuelves
 Solo tristura encuentras.
 Desde su eterno abismo
 Lo pasado te muestra
 Aun vivas una á una
 Tus ya olvidadas penas;
 Y hasta el dulce recuerdo
 De tus dichas ligeras
 Revuelto viene ahora
 Con fúnebres ideas :
 ¡Cadáver macilento
 De malograda bella

LA TEMPESTAD

La tormenta me cerca : ya espantosa,
 Magnífica y sublime sobre el mundo
 Se cierne. El fuego súbito del rayo
 Serpea aquí y allá; veloz le miro

Envuelto entre las sombras
 De la profunda huesa!
 Te abrumba lo presente.
 Y en la ignorada senda,
 Que sigues peregrina
 Te cansas ya; ¡cuál pesa
 La carga de este polvo
 Que animas!... ¿Si ya cerca
 Estará el fin ansiado
 De tu mortal carrera?
 ¿Si ya presagio cierto
 Será esta sombra negra
 De la que allá en la tumba
 Pacífica me espera?
 ¿Si anunciaren tu día
 Feliz esas estrellas,
 Que entre el oscuro velo
 Del firmamento tiemblan?
 ¿Ó solo, grata imágen
 De tu esperanza eterna,
 Para calmar tu angustia
 Derraman su luz bella?
 Crepúsculo constante
 Es nuestra vida : apenas
 Su astro débil reluce,
 Ya á declinar comienza.
 Sombras cubren la cuna
 Que nuestro llanto riega;
 Y tras la breve infancia
 Brillante y halagüeña,
 Sombras mas densas vienen
 Que al alma desesperan,
 Venciendo hasta el influjo
 De amor, virtud y ciencia;
 Y entre ellas ¡ay! vagamos
 Cargados de miseria,
 Abatida la frente
 De palidez cubierta,
 El corazón henchido
 De desengaño y penas.
 Tristeza nos preside,
 Tristeza nos rodea,
 Hácia la eterna vida
 Impélenos tristeza;
 Y solo del sepulcro
 Detiéndose á las puertas;
 Detiéndose : ¡oh no puede
 Seguir al alma que entra,
 Ya libre, en las regiones
 Donde la luz impera.

Nacer, morir, tornar en varia forma,
 Sobre mí y á mis plantas, á mi diestra,
 Á mi siniestra..... Fuego en toda parte,
 Fuego y terrible estrépito : la ronca

Horrisonante voz del trueno rompe
 Los vientos y retumba en lo profundo
 Del tenebroso espacio de los cielos.
 ¡Cuál me arroba esa atmósfera sañuda,
 Las centellas, su luto! ¡este incesante
 Estridor de los rayos pavorosos!
 ¡Este sublime horror!... Tiemblan los montes,
 Tiembla la tierra, se extremece el cielo....
 ¡Es tu ira ¡oh Dios! es tu ira formidable?
 ¿Al mundo á juicio llamas? ¿es ya el día
 En que á tu soplo aniquiladas todas
 Deben sus obras ser? ¡Oh, no, Dios mío!

No : del grande poder del brazo tuyo
 Quieres hacer ostentacion : lo mueves,
 Y la tormenta se desata. Oculta
 Allá, tras ella, paternal y dulce,
 Brilla tu providencia, y allá vuela
 Mi espíritu ¡oh Dios mío! allá se lanza
 Mas rápido que el rayo que me abrumba.
 ¡Ay de quién no te siente! ¡ay de quién cierra
 Los ojos de su alma á tu divina
 Inspiracion! ¡de quién tu voz no escucha
 Cuando en cielos y tierra te proclama
 En ecos mil la tempestad sublime!

EL ARROYO DE LOS ANDES

En la eminencia nacido
 De una montaña de hielo,
 Entre peñas comprimido
 Rodando vas, arroyuelo.

Y en esa desierta altura
 Nada hay que te brinde amor :
 No hay allí gaya verdura,
 Céfiros, ave ni flor.

El musgo salvaje y triste
 Ó alguna yedra amarilla
 La pobre gala es que viste
 Tu melancólica orilla.

El viento helado te azota
 Y une su silbo á tu acento,
 Y la niebla te encapota
 Con su manto ceniciento.

Si algunas veces refleja
 La luz del sol en tu faz,
 Mayor tristura te deja
 Tras de un consuelo fugaz.

Si tras la voz del furioso
 Viento escuchas otra voz,
 Es la del rayo espantoso
 Que hirió tus ondas veloz.

Todo es junto á tí funesto,
 Pobre arroyo de los Andes,
 Y vano es que al hado opuesto
 Alguna dicha demandes.

Jamás llegarás á verte
 En una region serena :
 Todo anuncia que tu suerte
 Solo al dolor te condena.

En el valle de allá léjos
 Hay pradera, flores y aves,

Hay alegres zagalejos,
 Hay cefirillos suaves;

Pero hay ántes un oscuro
 Abismo, y á tu carrera
 Un término allí seguro
 Á breves pasos espera.

¿Qué importa que puro y bello
 Nazcas y corras? ¿qué importa?...
 Tienes ¡ay! del mal el sello
 Y es tu vida amarga y corta.

Mas corre, corre; apresura
 Tu término y precipita,
 Pues sin amor ni ventura
 Es tu existencia maldita.

Corre, el abismo te lanza;
 ¿Qué anhelas? ¿qué esperas, di?
 ¡Ay, arroyo, la esperanza
 Es mentira para tí!...

¡Oh! si en el campo desierto
 De la vida un infelice
 Hallára un abismo abierto
 Dónde su pié se deslice!

¡Dónde, cual tú, su carrera
 Pudiese al fin terminar!
 ¡Dónde, cual tú, se sumiera
 Para nunca mas tornar!...

¡Arroyo desventurado!
 De cuántos hombres trasunto
 Eres á quienes dá el hado
 De miserias un conjunto;

De cuánto infeliz que mira
 En la tumba el bien que anhela,
 Y por la tumba suspira,
 Y la tumba corre y vuela.

LA MADRE Y EL HIJO

Arde el nùmen
Peruano
Y en el llano
Su calor
Abraza al indio misero
Que el suelo surcando árido
Su faz quemada
Siente empapada
Con el sudor.

À la sombra
De un añoso
Y frondoso
Capulí,
Meciendo al primogénito
Su esposa, en voces trémulas
De tortolilla
Canta sencilla
Su yaraví.

« ¡Calla y duerme,
Prenda mia,
Y en mí fia
Caro bien!
Que yo siempre solícita
Con mis cantares rústicos
Haré que el sueño
Pose halagüeño
Sobre tu sien.

« Calla y duerme
Y así olvida
De la vida
La aridez :
Olvida que las lágrimas
Han sido tu herencia única,
Porque naciste
Índico triste
De oscura tez.

« Vé á tu padre
Cual le oprimen :
¿ Es un crimen
Su color?
¡ Ah! de la suerte pérdida

Solo es capricho bárbaro :
À ella le plugo
Cargarle un yugo,
Darle un señor.

« De estos campos
Era el fruto
Un tributo
Por su afán,
Y hoy con fatigas improbas
Fecunda el suelo estéril
À que su dueño
De altivo ceño
Coma su pan.

« Tú así un día,
¡ Oh hijo amado!
Fatigado
Te has de ver,
Y como vil acémila
Bajo el infame látigo
Con tu faena
La hacienda ajena
Verás crecer.

« Mas entonces
Ya mi suerte
Con mi muerte
Finará;
Y tú quedarás huérfano.....
¿ Quién ¡ ay! el sudor férvido
De tu inocente
Marchita frente
Enjugará? »

Y de la india
Tierno llanto
Corre en tanto
Por la faz;
Pero su arrullo lánguido
Es el poder magnético
De su cariño,
Y el tierno niño
Se duerme en paz.

AL TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA

Te vas ¡ oh virgen pura!
Te vas, y entre albas, transparentes nubes
À la celeste altura
Del gozo eterno subes
En las palmas de aligeros querubes.

Y absortos, Madre santa,
Van en tu excelsa gloria tus sentidos;
Y el empero te canta;
Pero ¡ ay! solo gemidos
El humano te envía doloridos!

Dolor, miseria, llanto
En este oscuro valle son su herencia,
Y su incesante canto
Es solo la afluencia
De ayes sin fin que exhala en su existencia.

¿ Y su penar profundo
Acreces hoy con tu eternal partida?
¿ Y así del impío mundo
En la negra avenida
Le niegas ¡ ay! tu diestra bendecida?

¿ À quién, sus tristes ojos,
À quién los volverá, pues tú te alejas?
¿ Y cercado de abrojos
Punzadores le dejas
Dar en el mundo cruel miserables quejas?

¿ No eres tú, Madre pia,
La dulce prenda que Jesus amante
Le ofreciera aquel día
De horror, en que expirante
Pendía de la cruz de ti delante?

Pero ¡ ah! tú padeciste,
Tú apuraste dolores y congojas,
De llanto un mar vertistes,
Y es justo que recojas
Tu premio, y al empero al fin te acojas.

Vuela, oh María; el cielo
Se abre ante ti: mas ve desde su altura
Al triste de este suelo,
Y á tu sonrisa pura
Mitiguese el rigor de su amargura.